

Sobre la maquinación social del deseo y la pasión

Félix Duque

Nadie sabe lo que va a pasar, ahora. Inmersos en el fétido mar de la corrupción, intentamos nadar con todas nuestras fuerzas contra la corriente, no sin escuchar al demonio de la perversión, que nos susurra: "Tú también eres así, o podrías serlo, si tuvieras valor para ello". ¿Qué tiene que ver la filosofía con toda la lepra que ensucia la piel de lo social, aquí en España y en tantos otros lugares supuestamente "civilizados"? O mejor, por no mancharnos las manos, ¿nos dejaremos consumir de tuberculosis como una exangüe "alma bella"? Al respecto recuerdo algo que se contaba como una gracia del fallecido Joan Fuster; algo que quisiera ser ingenioso y se quedaba en tristemente banal. A un remilgado filósofo le habría dicho en efecto el volteriano de Suecia: "Vosté quédese con el ser, que no vale para nada pero tampoco hace daño a nadie". Se sigue de ello, claro está: "Y déjenos a nosotros la realidad y sus crímenes, que ya nos las apañaremos".

De nada vale que nos rasguemos las vestiduras ante tal ocurrencia. Ridículo sería que el filósofo se metiera, bien a enderezar empíricamente el lamentable estado de cosas existente, dándole buenos consejos al Príncipe (en el caso –dudoso– de que éste quisiera escucharlos), bien a sustituir a las jerarquías espirituales, engolfándose en cielos más allá del cielo, en abstracciones más allá de las abstracciones de la vida cotidiana. En ambos casos: el de la chata e irrelevante empiria y el de la extravagancia trascendente, el filósofo estaría desde luego de más. ¿Vamos a decir nosotros cómo salir de la crisis de una buena vez, o vamos al contrario a repetir acaso cansinamente aquello tan bonito y tan vacío de *malum est vitandum et bonum est faciendum*? ¿O nos refugiaremos otra vez, quizá la postrera, en aquello que yo oía de mis santos profesores: que la filosofía es de veras inútil, que no vale para nada, y que justamente por eso es importante? La filosofía, ¿una nueva Tebaida en la que refugiarse, asqueado de los vicios de la

Ciudad? Pero la Tebaida era el Desierto, en el que nada crece, salvo las visiones delirantes de los castos aislados. Y además, ya no hay desierto en el que refugiarse, a menos que lo alberguemos en nuestros propios corazones, como ya se temía Zaratustra.

¿Qué hacer? En primer lugar, y desde luego, evitar la caída en los extremos de la receta *prêt-à-porter* o de la salvación en la torre de marfil (cada vez más parecida hoy a la Torre de Babel), o sea de la intervención directa o de la huida soñadora a no se sabe bien qué reino de la abstracción pura. El filósofo no puede saber qué es lo que está pasando, hoy (o al menos, sabe de ello tanto como cualquier ciudadano medianamente informado). Pero sí que puede *pensar* en el sentido general de eso que está pasando. Sí que puede, y debe, entresacar de las actitudes y enredos de las lides cotidianas los presupuestos que de modo latente guían esas actitudes. Entonces se verá, en efecto, si el “ser” es algo tan inocuo como superfluo, algo que no le hace “daño a nadie” y que “no sirve para nada”.

Hace pocos meses el anterior Señor Presidente del Gobierno Español¹, urgido por lo precario de la situación, decidió comparecer públicamente para explicar su visión de la crisis, el modo de salir de ella y, sobre todo, su decisión (¡faltaría más!) de no dimitir. Ahora no me importan sus palabras ni su actitud, sino desentrañar al respecto aquella categoría que los viejos escolásticos llamaban el *ubi*. ¿Dónde tuvo lugar dicha comparecencia? No en las Cortes Españolas, ante los legítimos representantes del pueblo soberano, sino en una sala del Palacio de la Moncloa, en rueda de prensa ante periodistas escogidos y bajo la atenta mirada de las cámaras de distintas cadenas de televisión. El Señor Presidente se explica, expone sus razones, se *ex-pone*, en una palabra, ante los medios de comunicación y difusión. ¿Por qué?. Porque cabe pensar que nosotros, los ciudadanos, no sabemos lo que nos pasa, pero ellos, los periodistas, lo sabrán cuando lo oigan de labios de quien sí que lo sabe, y luego nos lo dirán a nosotros, los de “a pie”, los hombres “de la calle”. Sólo que, ¿hay alguien que pueda creer oír hoy en semejante cosa? El ahora ex presidente no había comparecido en verdad para decir nada positivo, sino para dar testimonio de su presencia, o sea: de que él no abandonaba

ni nos abandonaba, sino que seguiría adelante, esperando que “de fuera” viniera la solución, y mostrando su resuelta determinación a seguir determinándolo todo de manera resuelta (ahora ya no, claro). Por su parte, los periodistas no han asistido a la rueda para argumentar (están prohibidas las contrarréplicas), sino para preguntar primero y tomar nota después de algo que ya esperaban oír, a fin de transmitir luego eso que los futuros lectores o televidentes ya nos esperábamos, añadiendo de su cosecha alabanzas o improperios que también nos esperábamos.

¿A qué viene tanta fantasmagoría?”, nos preguntaríamos, remedando al atribulado protagonista del *Adiós a la bohemia*, de Sorozábal. ¿A qué viene, en efecto, sino a confirmar y remachar los pilares en que se mueve eso que los filósofos, después de Heidegger, llaman el destino de la metafísica occidental, a saber: *presencia constante, control, aseguración*? Hace muchos años el partido hasta “antier” gobernante ganó sus primeras elecciones gracias a la consigna “Que todo funcione”. Hace menos años, ese partido pudo seguir gobernando gracias a otra consigna: “El cambio en el cambio” (o “El cambio del cambio”, da igual). Para el tema que nos ocupa: el deseo y la pasión, lo de menos es si tales promesas se cumplieron o no. Lo importante es que en ellas latía la idea –ampliamente aceptada– de que el Estado debiera ser una *máquina*, y que esa máquina habría de lograr lo que las máquinas reales son por definición incapaces de conseguir: convertirse en un *perpetuum mobile*, es decir en un artefacto tan perfecto que la materia bruta utilizada habría de convertirse sin resto en productos listos para el consumo, de manera que el *input* se igualara asintóticamente con el *output*. Justamente, el derroche de energía o, mejor, la desviación de ésta con fines no distributivos, sino en beneficio de unos pocos es lo que, con razón, llamamos *corrupción*. Creíamos que el Estado era una máquina (queríamos que el Estado fuera una máquina) y en cambio se nos ha revelado éste como un organismo, sometido al cambio, ciertamente, pero al cambio hacia el no-ser: ese cambio que ya no puede considerarse movimiento, y que Aristóteles denominaba precisamente *phthorá*: “corrupción”. Cambio de metáfora: del mecanismo eficiente de la sociedad de consumo hemos pasado a considerar al Estado como

un ser viviente aquejado de una enfermedad quizá mortal, primero porque el medio le ha resultado hostil, y luego porque algunos microorganismos parecen haberse “pasado al enemigo”, o sea aliado con ese medio para vivir a costa del maltrecho cuerpo social, aún a riesgo de la muerte de éste. Como un cáncer. Sólo falta que alguien, en España, nos vuelva a recordar lo de Joaquín Costa, a saber: que aquí falta un “cirujano de hierro”, y vuelta a empezar.

Siendo todo esto de la máxima importancia, deseo sin embargo resaltar un punto, si se quiere, retórico. “Máquina” y “Organismo”, funcionamiento mecánico y vida corrupta, al borde de la muerte, son “metáforas” que, como tales, sólo tienen sentido dentro de una narración, de una *historia*. ¿Por qué el Señor ex Presidente decidió celebrar una rueda de prensa –o se vio obligado a ello, que para el caso da igual–? ¿Por qué no comparecer directamente en las Cortes, en vez de dejar esto para más tarde, casi como un trámite? De entre las muchas razones posibles, una me interesa destacar: porque de ese modo los casos y los rumores se convierten en noticia “fidedigna” al ser sostenidos por la palabra del así erigido en protagonista (o sea en *controlador*) y venir luego reconstruidos mediáticamente por las palabras plurales de los “escuchas”, o sea de los intérpretes, en una *historia* (que no tiene por qué ser un “cuento”) lista para el consumo, apta para la discusión y la divagación, para la creencia o el denuedo. Citas de citas se amontonan así, en un ejercicio que daría envidia a los glosadores medievales de textos sagrados. Citas de citas cuyo origen último, cuya autoría se nos escapa. Aquí, los retazos se encadenan, las sospechas se acumulan e hilan en un proceso significativo. Bien puede pegarse un tiro el Señor Roldán o tirar de una manta que también a él le cobijaba, bien pueden dimitir ministros o hasta hundirse el país, putrefacto. Lo importante es que todo eso se cuenta, se dice en los periódicos y luego se retransmite en la televisión. Muchos pronombres impersonales hemos amontonado como para no preguntarnos por su origen. Mala pregunta. Ellos son el origen.

Una vez dijo un filósofo de mala nota, Martín Heidegger, que el flujo impersonal que a todos nos retiene cotidianamente y en el que todos nos

reconocemos unos a otros, aliviados y descargados de la pesada carga de ser “sí mismo”, debiera llamarse con un pronombre que haría superfinos los nombres propios. O sea: ese nombre que niega todos los nombres es el “se” del “se dice y se cuenta” que, por el lado subjetivo, se convierte en “uno mismo” (pues “uno” acaba por ser idéntico a lo que “se” dice, y no portador del mensaje: el portador-sustancia es el “medio”). Más aún, Heidegger se atrevió a decir que ese tal “se” que es también “uno” era, ni más ni menos, el *ens realissimum*. Digamos: no el sustituto y usurpador del sabio Dios de la sabia modernidad, sino su cumplimentación extrema: su verdad. Según eso, “uno” sería saberlo todo y hacerlo todo a la vez, aquí y ahora. Dicho y hecho. Y cada uno de nosotros estaría enchufado, insertado en ese “uno-se”, de modo que ya no habría más sorpresas ni imprevistos para cada quién. Curiosamente, de esta manera no sólo no habría ya futuro, sino que el presente y el pasado coincidirían *de golpe*: lo que se ve ya se habría visto antes, sólo que en otro medio. Al respecto un experto en comunicaciones con ínfulas de filósofo, Marshall McLuhan, dijo también eso que todos repetimos: “el medio es el mensaje”. Es decir, lo que vemos en la televisión ya ha sido elaborado en la radio, la cual traduce lo que viene en el periódico, que a su vez ha elaborado una noticia. Es verdad que el origen último de ésta parece ser eso que vagamente llamamos “realidad”. Pero la tal realidad viene tendencialmente a producirse y ordenarse en función de su reproducibilidad y transmisión en los medios, así que al final tenemos algo así como un circuito progresivamente cerrado de remisiones, algo que los expertos llaman “retroalimentación” o, con el lenguaje dominante: “feedback”. Como si dijéramos: regurgitación de lo ya comido o consumido.

¿Qué hemos ganado con todo ello? Obviamente, gracias a esa difusión y retransmisión hemos obtenido un sentimiento de *seguridad y control* sobre los acontecimientos. Alguien que profesara, con todo, una filosofía del tipo del “realismo ingenuo” (quizá sin saberlo, como el burgués gentilhomme) podría objetar quizá que tal control es sin embargo puramente “ideológico”, ya que así se manipula la realidad *de verdad* en beneficio de unos pocos (los que están en el Poder, y que conocen tal “realidad”). De esta guisa se daría una cadena de infamias, cada vez más degradante: los corruptos engañan al Presidente

(o, bueno, quizá en la cúpula no se dé tal engaño), éste a los sufridos periodistas (a menos que estén secretamente confabulados con él), y los periodistas a su vez (mutados de ingenuos en malévolos) engañan al público lector, dividido a su vez en individuos que intentarán servirse de esas noticias para sacar provecho de ellas a costa de engañar a otros, y así al infinito. “Cada uno para sí, y Dios contra todos”, dice un viejo proverbio alemán. Sólo cabe esperar por lo demás que cada individuo, escindido igualmente en su interior, se engañe también a sí mismo (desconfianza íntima que, en efecto, nos ha enseñado a ejercitar el psicoanálisis y su larga secuela). En este caos universal de la sospecha, sólo dos extremos permanecen inmutables: uno, el del primer Engañador y Príncipe de la Mentira (pues que contempla la verdad y la deforma malignamente, *pro domo sua*, a fin de seguir gobernando); otro, el del ciudadano que *quiere* ser seducido y engañado (no hay más fenómeno de posesión que el voluntario) para poder seguir viviendo tranquilo (aunque sea con la tranquilidad del “ya sabía yo que todos son –o somos– viles”). Rectifiquemos, al punto: ni siquiera puede tratarse, por arriba, de un Hombre –o un Diablo– completo, ya que el Engañador y su cohorte también forman parte del Estado, aunque estén en la cúspide (o casi: *de Rege ipso silemus*), de modo que nuestra ruina acabaría siendo su ruina, sino sólo de una Voluntad pura de engaño, separada del Intelecto –que contempla la Verdad– y del Cuerpo –que quiere seguir viviendo–. Y por abajo, por el lado del ciudadano, también deberíamos hablar, no de un Hombre completo, sino de un Ojo (lector, radioescucha o televidente) que se alimenta de todas esas mentiras al estar guiado por su propia Voluntad de engaño (mentirosamente encubierta para él mismo como “deseo de saber la verdad, caiga quien caiga”).

Estamos así nadando en aguas de la más pura satanología: de un lado un Ojo que ve la verdad y dice la mentira, de otro –en casi perfecta inversión– un Ojo que lee o mira signos mentirosos y los interpreta como tales, esto es, como mentiras, de lo cual se sigue que también él conoce la Verdad aunque sea, para empezar, de un modo negativo. El lector o televidente se dice a sí mismo: quizá no sepa nunca cuál es la Verdad, pero a mí no me engañan, porque yo sé verdaderamente que esto es mentira. Claro que también podríamos cambiar de mar, y aceptar una

sumersión en aguas de la angelología: bien podríamos pasarnos en efecto a otro tipo de lector –el cual no tiene por qué ser “ingenuo” o “simple”– que aceptaría las noticias transmitidas como verdaderas. Y paralelamente, podríamos admitir por mor del argumento que la cúspide del Poder ve y dice la verdad. Desde el punto de vista, *formal*, nada cambiaría. Lo único que en todos estos casos permanece es el *continuum* de los *mass media*. La Verdad (o su negación maligna) sólo lo es si *transmitida*, sea cual sea su referente (en el caso de que éste exista, y de que la llamada “realidad” no sea sino un juego de signos, de *interpretamenta*). En cualquiera de estos supuestos, lo primero que salta a la vista es que nos las tenemos que ver con mensajes (y en efecto, “Angel” es un término griego que significa “mensajero”. El más alto mensaje para el cristiano es el Evangelio: la “buena nueva”). ¿De qué hablan esos mensajes? ¿Acaso de las “cosas, como son”? En absoluto: hablan de otros mensajes (rumores, confidencias, declaraciones) que suscitarán a su vez otros mensajes. De modo que la metáfora del Estado como “máquina” o como “organismo” (más bien “enfermo”) debe ser sustituida por otra, más plausible, eficaz y omnipresente, a saber: el Estado es el *medium* en el que se dispersan y dialogan entre sí los distintos medios de comunicación de masas. Mientras que un Estado totalitario encarna la concentración de esos medios en un solo Organo de control o información, el Estado llamado “democrático” dispone de pluralidad informativa por un lado y de mecanismos de retroalimentación por otro, por débiles que parezcan: desde las “Cartas al Director” de un periódico a los índices de audiencia o a la tan alabada televisión interactiva.

Ahora bien, ¿qué tiene que ver esto con el “deseo” y la “pasión”? Permítaseme que diga ya de antemano, y un tanto abruptamente: todo. Recordemos las tres metáforas utilizadas para designar al Estado, en general, y a la corrupción de este Estado, en particular: la máquina, el organismo animal, la comunicación informática. Por mor de la brevedad, aceptaré el tópico de que las máquinas “ni sienten ni padecen”, sino que se limitan a transformar mecánica o electrónicamente un material bruto en un producto acabado mediante la inyección de energía. De manera que mal podemos buscar aquí deseos o pasiones (aunque ya nos debiera hacer sospechar que las cosas no son tan simples la vieja canción

"country" entonada por el entrañable HAL de 2001, antes de ser desconectado por completo). Veamos la otra metáfora: la del animal. ¿Acaso no tienen deseos los animales? A poco que utilicemos los conceptos con propiedad, habremos de confesar que no. Nada sabe el animal del deseo o la pasión. En efecto, ya Cicerón, recogiendo antiguas máximas estoicas, decía que el deseo era la *libido eius, qui nondum adsit, videndi*. O en buen castellano: "las ganas de ver lo que todavía no está presente". No estará presente, desde luego, en la realidad, pero sí en nuestra mente. De lo contrario no podríamos echarlo en falta. De modo que el deseo ha de ser cosa humana, pues sólo el hombre puede hacerse representaciones generales de las cosas, mientras que dejarnos, desdeñosos, la mera apetencia al animal, que, obtuso, no quiere ver nada, sino tragárselo o huir de ello, según los casos. Así que, siguiendo a nuestro Cicerón, debemos distinguir entre el *deseo*, que son "ganas de aquellas cosas que se dicen de eso que los dialécticos llaman *kategorémata*", y la *apetencia*, que "es –indigencia procedente de las cosas mismas". Así que, en realidad, todos los deseos se reducen a *ganas de ver y de hablar*. No se desean las cosas mismas, sino su imagen o su significado. De modo que las cosas quedan en el deseo como "adelgazadas", convertidas en algo sutil e inmaterial, que es su "verdad". Por el contrario, a uno le apetecen cosas (por eso "desear" es un verbo personal, que como mejor se dice es en primera persona, mientras que "apetecer" es impersonal, y uno pasa discretamente a ocupar el puesto de un complemento indirecto, mientras que las cosas son el sujeto. Por ejemplo: "te deseo" y, en cambio: "me apetece tomar algo, lo que sea"). Claro que esta forma de hablar es engañosa: en el fondo, a uno no le apetecen las cosas sino su disfrute, es decir, su destrucción física o, al menos, simbólica: dejamos ser por caso a algunas cosas como "propiedades" nuestras para presumir ante los demás, e incluso podemos dilatar indefinidamente su goce para poder así seguir mostrando quién manda en las cosas. Justo entonces, esa dilación convierte a la cosa apetecida en *objeto de deseo*. Como si dijéramos: no necesito destruir las cosas, gozando de ellas: me basta con saber que están a mi disposición. Y eso es porque en secreto sabemos que esa destrucción llegaría a convertirse en nuestra propia destrucción por indigestión: meterse en las cosas es perderse en ellas. Es mejor mantenerlas a distancia. Pensando en ello, quizá no nos resulte entonces tan cínico el consejo

que el viejo Kant daba a los jóvenes: "Joven (lo repito), acostúmbrate a amar el trabajo, rehúsate deleites, no para *renunciar* a ellos, sino para mantenerlos todo lo posible exclusivamente en perspectiva (*im Prospect*, decía Kant: "como en un prospecto"). No embotes –sigue– prematuramente la receptividad para ellos con el goce. La madurez de la edad, que nunca hace deplorar la privación de un goce físico cualquiera, te asegurará en este sacrificio un capital de satisfacción que es independiente del acaso o de la ley natural». Aquí habla una voz bien moderna: la voz del *capital*. Se trata de cambiar, la satisfacción inmediata, *animal*, por algo literalmente *sobrenatural*, y exclusivo de la madurez: nos resulta deleitable saber que *podríamos* deleitarnos, pero que no queremos hacerlo... por ahora. Así, lo real se convierte en *posible*, esto es: en algo de lo que se puede hablar, algo que se puede *comunicar*. En vez de consumir las cosas naturales, convirtiéndonos así en "cosa", o sea en algo tan inmediato como lo consumido, abrimos el horizonte del futuro, asegurándonos en cambio de que ese futuro no será azaroso, porque ya sabemos lo que queremos. Queremos *no ser* naturaleza, no ser "individuos," sino miembros de una comunidad que intercambia imágenes y palabras: objetos de deseo, mediante *contratos*. Así, la primitiva cosa natural acaba por convertirse en un *signo*, un mero *valor de cambio*, que no tiene más papel que el de conectar a personas entre sí, tan aparentemente idénticas cada una a sí misma que pueden permitirse el lujo de firmar pagarés o letras de cambio, como si se dijeran: las cosas pasan, pero yo no. Por eso puedo obligarme a pagar algo en el futuro. Pues seguiré siendo el mismo. Y por eso se pueden imputar las acciones a sujetos responsables.

Por cuanto llevamos dicho, bien se ve que eso que llamamos cómodamente "hombre" sólo puede tener sentido a mi ver en cuanto «miembro de una sociedad organizada en Estado», sea cual fuere la forma de éste (dejemos al margen la espinosa cuestión de si puede haber pueblos sin "Estado", aunque éste les sea impuesto y no coincida con la "nación"). Por lo demás, tentados estaríamos de tildar al Estado de "máquina de deseos" (y así fue vista, en efecto, por Hobbes con su *Leviathan*). Pero enseguida ha de caerse en la cuenta que toda máquina pone en comunicación dos extremos inconmensurables (si queremos, de un

lado: Naturaleza; del otro: Industria) con ayuda de una energía externa (aunque ésta pueda acumularse en el interior mismo de la máquina), mientras que el Estado se sirve del “material” humano, usando de la energía destilada de los deseos (nuestros placeres *diferidos*) para, condensarlos en *pasión*, devolverlos a esos mismos hombres como *sistema de derechos y deberes*. O dicho en términos psicoanalíticos: el *Id* (las apetencias naturales) queda revestido pasionalmente por un plexo de identificación que llamamos *ego*; y éste a su vez viene orientado, guiado por un dispositivo de control: el *superego*. Este flujo de interacción comunicativa puede –más aún; *debe*, como veremos luego– verse afectado por disfunciones, en la medida en que el control sea puesto –contra la norma– en el *id* animal o en el *ego* personal. Son esas disfunciones pasionales las que vienen denominadas genéricamente como *corrupción* (advuértase que el deseo de realizar una apetencia *animal* aprovechando el uso privilegiado de información no es cosa desde luego a su vez *animal*, sino algo refinadamente humano. Por eso se paga con la cárcel o la dimisión, y no con el internamiento en una institución psiquiátrica).

El flujo de comunicación de deseos transforma a su vez a los hombres (es decir: a los elaboradores y represores de apetencias) en personas jurídicas: sujetos que intercambian signos referidos a deseos materializados en “propiedades” o “bienes”. Todas las personas son, así, iguales ante la ley. La ley del cambio o mercado. Es claro que, aquí, el “objeto” no puede ofrecer resistencia alguna al intercambio, pues ha dejado de ser una cosa “material” para convertirse en un mero signo: una promesa de que el futuro será como el presente. Para la persona, lo intercambiado en la actividad contractual es algo hueco, algo que carece de “sí mismo”: una nadería, en suma, como nos recuerda Hegel. Da igual lo que se intercambie. De ahí la invención del dinero, ese disolvente cuantitativo universal. Todavía el sexo o el alimento, con su irreductible distinción cualitativa, podrían ser cosas apetecibles. Corriendo tras ellas, nos vemos conectados al mundo natural. No así el dinero. Es el primer objeto puro del deseo, lo primero propiamente humano: el medio de conversión de las cosas en valores. Su posesión determina un salto cualitativo respecto a la naturaleza. Poseyendo dinero, me poseo a mí

mismo. Soy libre, esto es: encuentro satisfacción en mí mismo y por mí mismo, no en las cosas. ¿O no?

Basta reflexionar un poco para caer en la cuenta de que no es así. Pues que el dinero se basa en el intercambio (al límite: intercambio entre diversos tipos de dinero, o divisas), él mismo no es sino un flujo, una *cuenta corriente* que vive de las fluctuaciones del mercado. Lejos de asegurar la estabilidad e identidad de la persona, vive de los desequilibrios entre éstas. Desequilibrios, las más de las veces, ya no naturales, sino “especulativos”. De modo que el dinero, que prometía igualar a los hombres como personas, requiere que muchas de éstas desciendan al nivel de objetos de intercambio e, incluso, de “cosa” apetecible. Esto, por el lado del desposeído. Pero a los *beati possidentes* no les van, en el fondo, mejor las cosas. Pues lo que ganan en *abstracción* (la abstracción jurídica de ser iguales entre sí e idénticos cada uno para consigo) lo pierden en *realidad* (la realidad de que, para ser idénticos a sí mismos, deben distinguirse de todos los demás). Pero no pueden rebajarse, sin dejar de ser ellos mismos, al grado de consumidores. A menos que... A menos que no consuman objetos físicos, sino *deseos humanos*. El control y la retención de los deseos ajenos es, así, algo mucho más poderoso que el dinero (al fin, un medio puramente cuantitativo, que sólo genera igualdad o desigualdad matemáticas). Ahora bien, ¿qué desean los hombres?. Representaciones, como sabemos, no cosas. Y la primera y más alta representación es la del Yo mismo, la de la propia identidad, a salvo del desgaste y la muerte. De ella se derivan las demás representaciones. Sigue, inmediatamente, la representación del alter ego, según éste sea favorable a mi perpetuación (y, al límite, a mi reproducción) o, al contrario, resista a ella. El dominio de esas representaciones supone pues un *deseo hecho de deseos*. Supone poder. El poder de hacer que los demás se plieguen a mis deseos, porque ya de antemano –justamente, de palabra y obra– han sido dispuestos de tal guisa que produzcan, como individuales máquinas deseantes, deseos engranables en mi único deseo: seguir existiendo, aunque los demás y, con ellos, la naturaleza que ellos elaboran para mí, perezcan. *Ese deseo que consume exclusivamente deseos es la pasión*. Es curioso, y altamente significativo: la máxima actividad viene designada así como un “hacer padecer”. Padecer, ¿sólo a los otros? Pronto veremos que ello desemboca en una nueva y cruel ilusión.

Para empezar, la más alta e irrefrenable pasión es la de la *libertad externa*: el sentimiento de mí mismo, el “nadie es más que nadie”, que se dice en Castilla. Desligado de todo y de todos, vivir para uno y desde uno mismo. Pero esa pasión se trueca de inmediato en desengaño. No sólo porque la naturaleza –mi naturaleza– y los demás no me dejen, sino porque ese “sí mismo” no consiste sino en el precario y siempre amenazado control de lo Otro y sobre los otros. Y si la entera esfera de la alteridad dejara, por imposible, de ejercer resistencia a mi control, yo mismo dejaría de existir. Por eso, la pasión de la libertad se despliega enseguida en tres pasiones secundarias: una, dirigida al control de una naturaleza ya elaborada por la mercancía y el dinero. Es la pasión de las *riquezas*. La segunda se endereza a la *opinión* que los otros tienen de mí, pues yo dejaría de ser Yo en cuanto los demás no me reconocieran como tal: es el *ansia de fama*. La tercera, en fin, *asegura* la propia vida a costa de proyectar sobre los demás el propio miedo de perderla: es el *ansia de dominio*. De este modo, diríamos con Kant, utilizo en mi provecho a los otros hombres, degradados en medios para conseguir mi propio y único fin: seguir viviendo.

Junto a estas pasiones, centradas en la supervivencia del Yo (una supervivencia tan ficticia como la entidad a la que sirve) se alzan con no menor pujanza dos pasiones, tan antitéticas como paradójicamente susceptibles de tornarse una en otra: la una atiende a la perpetuación en la naturaleza de lo que no es naturaleza, a saber, de ese Yo continuo al que se prende temporalmente mi yo. Es el *ansia de reproducción*, la *pasión sexual* o, más refinadamente, *el amor*. La otra pasión, en cambio, constituye el reverso del ansia de dominio. Es la angustia de pensarme a mí mismo como dominado, como sujeto a los demás: algo que siento como una ofensa imperdonable contra mi libertad. Si la advierto como una amenaza que podría dirigirse realmente contra mi persona, opongo a aquella ofensa el *odio*. Si se perpetúa como pasión contra una ofensa ya pasada, dirigida contra mí o contra mi familia (es decir: dirigida contra los objetos de mi amor), esa pasión es el *espíritu de venganza*.

Bien se ve que, si los deseos abren el horizonte del futuro, en cuanto que son ganas de ver lo aún no presente, las pasiones intentan consolidar, asegurar

ese futuro, haciéndolo igual, no tanto al pasado, cuanto a la idea que yo me he hecho de éste. Por eso, la alegría y la tristeza no deberían ser consideradas realmente como pasiones, sino como sentimientos constantes del presente, según vea yo que esa idea se va adecuando paso a paso con los acontecimientos o, al contrario, resulta negada por la realidad. Alegría y tristeza son las *huellas* que las pasiones, como constructoras de mi yo, van dejando en mí.

Con todo, uno diría, al pronto, que esas pasiones, esos mecanismos de control de los deseos, no son verdaderas “pasiones”, en el sentido de *desórdenes* fogosos del ánimo, desbaratadores de la personalidad. Hoy nos resultan demasiado “racionales”, demasiado “burguesas”. En efecto, ya es demasiado sospechoso que justamente pensadores racionalistas, de Descartes a Spinoza, de Helvetius a Hegel, las hayan alabado como “energías” naturales para el eficaz rendimiento de la máquina del Yo y, de consuno, de la sociedad. Incluso un Kant, en apariencia el más acérrimo adversario de las pasiones, a las que equipara con el *cáncer*, reconoce implícitamente su carácter, si no racional, sí al menos reflexivo y racionante. En realidad –como ya decían los estoicos– las pasiones son *viciosas*, la razón misma, y por eso son difíciles o imposibles de extirpar. Aquí la razón lucha contra sí misma, no contra la naturaleza externa. Y es que de lo que se queja Kant es de que la pasión sea una inclinación tan fuerte que impide a la razón compararla con la suma de todas las demás. El problema es pues que la pasión impide el cálculo entre pasiones, que es en lo que consistiría justamente la razón. Toda pasión es absorbente, y se alimenta de la combustión de las demás. Un fuego regulado, tibio, permitiría en cambio una equitativa distribución de pasiones, con lo que éstas dejarían de ser tales, para convertirse en *afectos*, acrecentando así nuestro poder, en lugar de *entregarnos* a la pasión dominante. Sólo que ¿no hay aquí una paradoja, por no decir una contradicción? En realidad no hay más que una sola pasión: la pasión del *poder*. De poder, en efecto, seguir siendo Yo, caiga quien caiga. La única pasión es la del *egoísmo*. Pero sin esa pasión, “yo” no existiría, como es obvio. Quedaría, a lo sumo, una entidad exangüe, matemáticamente igual, para la que no encontraríamos siquiera nombre, ya que “hombre” significa “sujeto de deseos”, “persona”, a su vez, “sujeto de intercambio contractual de signos

de deseos”; y Yo, en fin, es el “sujeto construido por las pasiones, que son deseos de signos de deseos”. Por eso, un pensador tan avisado como Hegel se da cuenta de lo insensato que sería matar las pasiones, o siquiera intentar dominarlas en nombre de una Razón abstracta e igualitaria (no hay más que recordar cómo el frío cálculo de la Revolución Francesa se tornó inmediatamente en Terror: la furia de la destrucción). Lo que hay que hacer con las pasiones, nos sugiere Hegel, es tratarlas y elaborarlas, al igual que la contemporánea máquina de vapor almacena y distribuye la energía, hasta entonces libre. La máxima astucia de la razón será utilizar ese fuego apasionado en democrático beneficio de todos. Y para ello se procede a una doble operación: del lado “objetivo”, el contenido de las pasiones es justamente aquello que todo Estado que se precie ha de promover y fomentar como *derechos específicamente humanos*, a saber: la preservación del Yo y de sus propiedades, la regulación del sexo mediante el matrimonio, el acrecentamiento de los haberes mediante la industria y el trabajo y por fin el Poder, ahora ya no en manos de un hombre, de un particular, sino del Estado mismo, cuya existencia son los individuos libres y autoconcientes. He aquí a las otrora violentas pasiones convertidas en metas de aspiración legítima, controladas por el Estado, que no es sino la libre conversación de propietarios casados, industriales e industriosos. Una conversación de *egoístas calculadores*, en suma. Sin embargo, el sagaz Hegel no olvida que lo propio de una pasión radica en la total entrega de un *corazón noble* a una causa, y que el corazón está de más en el Estado burgués. Toda rebelión del mismo contra el orden establecido será inmisericordemente aplastada, y ello, no sólo por parte del Estado, sino por parte del individuo mismo, que se autodestruye al comprobar que su pasión era en realidad *locura*, ya que él forma parte de eso que quería destruir (es el caso del Karl Moor de *Los bandidos*, de Schiller). Y sin embargo, sin sentimientos sería imposible la vida humana. Si quitamos la base natural, la *apetencia*, todo el gigantesco aparato (derecho, moralidad, familia, sociedad civil y Estado) se viene abajo, pues ese tinglado no consiste sino en una justa distribución de esa energía incontrolada, caótica, cuyo primer centro es precisamente el corazón: el sentimiento inalienable de ser un individuo. ¿Qué hacer ante tal trance? Ahora introduce Hegel la segunda operación, desde el lado “subjetivo”: si el contenido de la pasión es un conglomerado de derechos

y deberes, su forma es lo que, a falta de palabra mejor, llama el filósofo, con voz griega (o sea, tan clásica como muerta): *páthos*.

Sería ridículo, o mejor, *patético*, que un ciudadano del Estado burgués se empeñara en realizar mediante gestas su *páthos*, es decir: la transfusión y entrega de todas sus fuerzas individuales en la consecución de una causa, por justa que fuere. Es más: hoy no hay causa "justa" que valga, si la intenta realizar un individuo, o sea: si intenta tomarse la justicia por su mano. Para eso están los tribunales. Ya en los albores de la Edad Moderna se mostró con creces esa imposibilidad, en la figura estrafalaria de Don Quijote. Y sin embargo, ¿quién desearía ponerse del lado del Bachiller, el Secretario o el Cura? ¿Quién tendrá una sonrisa de conmiseración ante el Caballero de la Triste Figura sin sentir inmediatamente en su interior que lo más íntimo y cordial se ha perdido para siempre? Por eso tan nobles figuras como la de un Aquiles, la de Antígona y Edipo, la del Cid, deben vivir para siempre. Sólo que desplazadas, en otro mundo: en el mítico "tiempo heroico" de la literatura. El arte funciona así como compensación de la pérdida del individuo en la Modernidad. Una compensación bien precaria, a la verdad. Y en el fondo, inoperante, como barrunta el propio Hegel. Esas lecturas, como la contemplación de la bella estatua griega o de la pintura cristiana, deben quedar en manos de los ya sometidos a ese Poder, pero parasitarios del mismo, bien sea como vehículo de reproducción (natural e ideológica), bien como promesa de renovación ético-política: las mujeres y los niños. Y ni siquiera dejado al libre uso, sino distribuidos y regulados por una segunda máquina: la compuesta por la coraza ideológica que los previene de las "infecciones" del exterior: confesores, preceptores, docentes.

Porque seguía habiendo un "exterior", refractario a esta doble maquinaria de la burocracia y la ideología. Y Hegel sabía de esta enfermedad (ella sí verdaderamente un cáncer) de que adolecía todo el artificio del Espíritu. Un artificio constituido por transmisiones, por desplazamientos en los que nadie se sentía a gusto (salvo quizá el Filósofo, que veía y comprendía la necesidad de todas estas contingencias, de todo este sufrimiento). Nadie. Dejemos por ahora a un lado el fácil –aunque cierto– recurso a las masas trabajadoras y

a los desposeídos (por no hablar del colonialismo y de la destrucción de la naturaleza). Centrémonos simplemente en los triunfadores, es decir: en esos seres fríamente apasionados sin los cuales “nada grande” se habría hecho en el mundo, al decir de Helvetius y Hegel. Los europeos varones habrían querido ser como Napoleón (no en vano, el signo de la locura por excelencia): constructores de Imperios a golpes de audacia y espada: *sic volo, sic iubeo*. Pero, en el mejor de los casos, tuvieron que conformarse con ser capitanes de industria o jefes de gobierno (les estaba vedado convertirse en un Federico Guillermo IV o, entre nosotros, un Fernando VII; es decir, los únicos que tenían la potestad de firmar –y ser–: “Yo”; algo debido, sarcásticamente, a un albur natural). En ese caso, si eran honestos debían limitarse a administrar una función que les impedía disponer libremente de sus pasiones, pues bastante tenían con frenar y encauzar las de sus competidores y subordinados. Si deshonestos, se entregaban torpemente –como Kant advirtiera– a una sola pasión, olvidando el cálculo, y se hacían con esto objeto de desprecio y temor, con lo que dejaban de ser hombres, esto es: seres racionalmente pasionales o apasionadamente racionales. Sólo que si pertenecían al lado “natural” del Poder, o sea si eran mujeres o niños, la alternativa era aún más insatisfactoria, pues debían pagar su “liberación” de las necesidades naturales con la sumisión y docilidad al varón, bien directamente, bien vicariamente, a través del confesor, el preceptor o el funcionario estatal, mientras que los modelos de todos ellos: sujetos u objetos de la ideología, eran o seres inexistentes (los “héroes” del arte y la literatura) o figuras ejemplares del pasado: Cristo, los Santos o los Grandes Hombres de la Patria. Justamente todo aquello que ni mujeres ni niños (ni tampoco, claro está, sus ideólogos) podrían llegar a ser nunca, ni menos *deberían* llegar a serlo. Por lo demás, la comparación entre estas figuras míticas, religiosas y políticas y la realidad cotidiana de sus dominadores era demasiado fuerte como para ser soportable. La máquina de las pasiones, de *esas* pasiones, se iría revelando progresivamente como inadecuada para el sostenimiento y fomento de la comunidad. Su último estertor, su absoluta manifestación como antigualla, ha tenido lugar muy recientemente, con la caída estrepitosa del llamado “socialismo real”: la última transformación de la idea estoica del *hegemonikón*, de ese centro que, como un pulpo o una araña (y los

ejemplos son de los propios estoicos), debía permear armónicamente las esferas encastradas de la naturaleza y la sociedad, de la *physis* y la *pólis*.

¿Qué había ocurrido? ¿A qué se ha debido el fracaso de esta formidable conjunción de burocracia e ideología? La una estaba dirigida al hacer del hombre; la otra, a su pensar. Dos abstracciones. Debemos retroceder a la distinción primera entre apetencia y deseo: allí se encuentra el fallo originario. Cicerón se ha revelado un mal guía, a pesar de que todos lo siguieron. El ha identificado en efecto como *desiderium* dos definiciones en el fondo incompatibles. La una rezaba, recordemos: "deseo es la *libido* de ver cosas aún no presentes". La otra, en cambio: "hay deseo de aquellas cosas que se dicen de eso que los dialécticos llaman categorías". Es evidente ahora, al cabo de la calle, que Cicerón ha unido dos registros diferentes: el del *sentido de la vista* y el *abstracto del lenguaje*. Nosotros queríamos, por un lado, *ver* el objeto de nuestra apetencia. Y para eso nos forjamos una imagen en la imaginación. A la vez queríamos *hablar* de ello. Y para eso nos forjamos una lógica de subsunción, en la que los deseos se agrupan como predicados de un sujeto. Cuando la Modernidad centre el sujeto en el Yo, la depotenciación de los deseos ajenos como satélites de nuestro propio, único y tautológico deseo: seguir siendo Yo, hará que las pasiones resultantes sean tan abstractas como el Yo al que sirven, y al que en continua retroalimentación construyen, a su vez. Lo desalojado y reprimido por obra de esta potente operación es justamente la *apetencia* como deseo diferido, mantenido a distancia. A tanta distancia, que al final parecía olvidado. Es verdad que al menos el astuto Hegel se acuerda del individuo y su corazón. Pero no sólo lo desplaza al arte y la literatura, sino que también aquí, subrepticamente, ha llevado ya a cabo una operación de limpieza y depuración. Los héroes sirven, en efecto, a una buena causa: su corazón está guiado por la buena estrella de las potencias éticas y espirituales, formadoras de la *pólis*. En nombre de esta gran pasión, todo les es perdonado (como a la pecadora María de Magdala). Ellos creen estar realizando gestas *propias* (como Napoleón, la postrera "alma del mundo"), cuando en realidad están sacando a la luz la verdad de esas potencias.

Cuando ésta se revele a todos, en el mundo burgués e industrial de la monarquía constitucional, tanto los *héroes* como sus causas (encarnadas, por caso, en los dioses griegos) estarán de más. Ambos sirven ya únicamente de recapitulación de la historia de la formación del Hombre.

Y, sin embargo, baste pensar que, aunque la vida de Hegel se desarrolle durante el apogeo del Romanticismo, guarda este pensador un obstinado y elocuente silencio sobre los héroes propiamente románticos para sospechar que aquí se oculta algo. Ni una palabra gasta en efecto sobre todos aquellos –poetas y figuras– que fueron saludados por William Blake como gente “de la partida del Diablo”, herederos del Satán del piadoso Milton. ¿A qué se debe tal silencio, sino a que todos ellos: Manfred, Don Juan, Caín (por no hablar de sus grandes antecesores shakespearianos: Macbeth o Yago) se han aferrado reflexiva y fríamente a sus apetencias *naturales*? Esos héroes malditos han elegido concientemente seguir siendo *individuos*. Se han degradado catastróficamente (*katastrophé* significa en griego “inversión violenta”) al regresar con la razón a la naturaleza. En lugar de ascender, con un poderoso giro han reivindicado su procedencia *animal* y perseverado en ella. Todos ellos son, en suma, recaídas de la razón en la base de origen. *Razón que exige sentir*, que se niega a abandonar el campo de los sentidos.

Y aquí es donde irrumpen demoníacamente lo que hoy llamaríamos, con los románticos, pasiones. Frente a la kantiana *ansia de libertad*, fácilmente convertida por Hegel en energía motriz del Yo, aparece como excrecencia difícilmente asimilable la *pasión de la máscara*, el cinismo del *dandy* y del libertino que se obstina en no ser sino la irrisión de todo “yo”. Al ser pura dispersión y excentricidad, las pasiones concomitantes a ese Monumento del Egoísmo que es el yo quedan inmediatamente deformadas. No es que sean distintas, sino que ahora se alían a las apetencias del individuo. Y así, la pasión de la adquisición de *riquezas* (base austera del capitalismo) queda ahora ridiculizada frente al *ansia orgiástica de destrucción*, es decir: de inmediata y rápida reconversión del dinero en bienes de consumo (basta hojear la prensa diaria para comprender de qué

se acusa en el fondo al Sr. Roldán, por ejemplo). Por su parte, el *ansia de fama* (el deseo de tener buen nombre) queda invertida por la ardiente pasión de la *publicidad*, en función de lo insólito y raro, de lo efímero. Y la pasión de *dominio* sigue ejerciéndose ahora, pero bajo una deformación domoníaca: lo que ahora se domina no son los deseos –siempre explícitos y comunicables, como buenas imágenes y predicados– de los hombres, sino eso que denominamos “bajas pasiones”: sus vicios inconfesables, allí donde se guarda el último rescoldo del salvajismo primitivo. No se dominan deseos, sino secretos y flaquezas, bajo la amenaza, justamente, de hacer publicidad de ellas y, con ello, de romper la “buena fama” del competidor o el subordinado.

Las pasiones dirigidas al Otro no corren mejor suerte: la pasión *sexual* no es un ansia de perpetuación, sino al contrario: de *sentir por un instante la muerte en vida*, la llamada *petite mort* del orgasmo, eludiendo así –a cambio ciertamente de una innegable sensación de ridículo– el “orden natural de las cosas” al separarse de la esposa legítima (esto es: de la misma edad) y eligiendo una mujer joven y atractiva que, nueva Sulamita, pueda calentar las carnes flácidas de proyectos poderosos, que se imaginan así rejuvenecidos: piénsese en el “escándalo” de las nuevas mujeres de nuestros corruptos, frente a la “lección” de las viudas de líderes intachables, como Tierno Calvan o Fernández Ordóñez. Aquí se trata pues de perderse en el Otro, en el Eterno-Femenino de nuestro imaginario burgués, no de ganarse en él al reproducirse en el Hijo y Heredero (otra figura mítica del Yo moderno). Pero la corrupción puede llegar más allá, alcanzando incluso a la promiscuidad sexual y aún a perversiones (desde la óptica moderna, claro, y difícilmente asimilables por el Poder): la homosexualidad y, al límite, la pederastia (subversión de los roles tradicionales de los sexos y de la infancia. Baste pensar en nuestro buen Duque de Feria, Grande de España). Al límite, la zoofilia, la coprofilia y, despuntando en el horizonte, la tecnofilia.

De la misma manera se deforman *odio* y *espíritu de venganza*. No se odia ya al fuerte por haber inferido una ofensa, sino al débil y marginado, por ser incapaz de integración (o lo que es lo mismo, de inferir ofensas controladas y reguladas).

La venganza va contra la alteridad misma, contra lo inasimilable justamente por falta de fuerzas. Golpeo y mato al indefenso para evitar confesarme a mí mismo el hecho de que, en el fondo, estoy tan desamparado como él. No se lucha contra los bloques, sino contra los residuos, en una extraña labor de desinfección contra el decaído que se empecina en no exterminarse de una buena vez; contra las razas degeneradas, los desocupados o drogadictos, es decir: contra todos aquellos que nos recuerdan que yo también podría llegar a ser como ellos. Aquí, el sentimiento actúa directamente contra el sentimiento, en una suicida carrera de aniquilación, parecida a la que entrevió Hegel tras el triunfo de las Luces contra la Fe. Vencido y aniquilado el enemigo externo, ¿y ahora qué?, espetaba Hegel. Ahora habrá que volverse contra el propio interior. Antes, en Francia, contra los campesinos de La Vandée, empeñados en seguir con sus trueques en vez de aceptar el dinero de la Nación, o contra las regiones naturales, atómica y racionalmente divididas en departamentos desde el Centro. Hoy, basta coger cualquier periódico para ver donde está el “enemigo”.

Contra esas pasiones, la razón moderna, vale decir: la burocracia y la ideología, es algo completamente inútil. Ya Hegel vio que la razón era el reverso, la comprensión y comprensión de las pasiones, y nada más. La caída de una conlleva la de su contrahechura. Y la propia literatura y el arte, han dejado hace tiempo de ser edificantes (o revolucionarios: una inversión que da igual): en vez de corazón, desechos; en vez de héroes de grandes gestas, las puntillosas y oscuras pasiones de lo cotidiano, convertido en algo monstruoso y a la vez insípido, necesitado de constante corroboración.

Sin embargo, la existencia de esas “bajas pasiones” no es nada nuevo. Lo que es realmente nuevo, y digno de admiración (y la admiración es y sigue siendo el punto de partida del filosofar: también ella una pasión, y fuerte), es su conversión *tecnológica y mediática* como fuentes de energía para el mantenimiento de una sociedad que, al convertir las pasiones *fuertes* en rutina, amenazaba con decaer, presa de su propia abstracción (como Grecia, cuando se dio cuenta de que sus dioses no eran sino personificaciones historiadadas de pasiones humanas, en

seguida convertidas por ello en antiguallas patéticas, o sea: cómicas). Es más: esas “bajas pasiones” también fueron antiguamente utilizadas para el consumo de la parte “natural” del flujo informático estatal, mientras que las capas ilustradas se dedicaban a la invención de las grandes abstracciones del derecho, la propiedad y el Estado. En efecto, cuando Roma se iba encaminando a su ocaso, San Agustín avisó del peligro de que esa ideología para la plebe acabara contagiando a las capas dirigentes, en detrimento de la gran fuerza en ascenso: el cristianismo. La apetencia y la concupiscencia son –dice el Santo– fáciles de mantener en sus estrictos límites, y aún reelaborables para ser asimiladas dentro del nuevo cuadro (como luego haría Hegel con las pasiones modernas, más refinadas y abstractas). Pero el gran enemigo no está aquí, avisa el Santo, sino en la *occulorum concupiscentia, nomine cognitionis et scientiae palliata*. O sea: en la “concupiscencia de los ojos, encubierta bajo el nombre de conocimiento y de ciencia.” Recordemos siempre, al respecto, que el deseo son ganas de ver lo aún no presente. Pero, ¿y si se tratase de algo que no *debe* presentarse porque no hay concepto para ello, o sea: porque no cabe hacer de ello ni imagen general, compartible, ni menos predicado de una categoría? Aquí, el deseo no sirve a la comunicación, vale decir: a la sociedad. Al contrario: lo que los ojos desean ver es la sensación, la *carne* misma en su monstruosa proliferación. Quieren ver lo individual, o sea lo que no se deja dividir por la razón. Y por eso, al no centrarse en un objeto eterno y siempre idéntico, los ojos mismos se desorbitan y distraen, sin poderse centrar. Así no hay quien juzgue y decida. El hastiado ciudadano romano quiere ver lo inclasificable y deforme (los restos de la *ratio* o relación ponderada y armoniosa). No por ganas de sufrir, pues él participa en esa visión como si se tratara de un *espectáculo*, de algo que no va con él: como si se tratara, justamente, de una diversión o, mejor, de una *perversión*. Y así nos dice San Agustín, hay hombres que gozan con la imagen (algo ficticio, pues; el *fetiché* de la cosa) de un cadáver destrozado, o con la visión de los monstruos de feria, con el estudio de los arcanos de la naturaleza, con los espectáculos teatrales o, en fin, con *omnia sacrilega sacramenta* (un hermoso oxímoron, ciertamente: los ritos y cultos paganos). La enumeración esconde una precisa clasificación de desvíos, regida por la idea de que, en todos esos casos, la apariencia física (el *schéma* aristotélico)

no coincide con la forma lógica (la *morphé*). En efecto, el cadáver muestra la descomposición del *compositum substantiale* de alma y cuerpo, y la dominación por potencias extrañas (gusanos y larvas) de lo que antes era un *imperio dentro de un imperio*; los monstruos apuntan a la desviación de un individuo respecto de su especie, o al cruce impío de especies por lo común inmutables, obedientes a su definición; los arcanos de la naturaleza parecen a su vez rebelarse internamente, o sea en las propias bases elementales, contra la concepción de aquella como *gloria Dei*, que decía San Pablo; el teatro es siempre extremo, sea tragedia o sátira: parásito del *commercium* social, amenaza con subvertir sarcásticamente las bases de la convivencia. Pero el último vicio es el peor de todos, porque deforma al propio Dios y su Iglesia, pareciéndose en algunos casos a la doctrina verdadera (por ejemplo, el pan y el vino de los misterios eleusinos). Detrás de esos cultos, en el fondo producto de una mala y tosca imitación, debe de andar desde luego el Diabolo. Al fin y al cabo, ¿no es él justamente *simia Dei*? Por eso, todos estos ejemplos de concupiscencia visual apuntan a una sola pasión: la *curiositas*, el “ansia de novedades.” Y de novedades auténticas, ya que no hay imágenes ni *lógos* preparados para ellas. Esa pasión es un verdadero *cortocircuito del deseo*, ya que ansia ver lo que no se debería poder ver, y sin embargo se ve. Visiones, como si dijéramos, de excrementos y restos: de todo lo que no entra en la plantilla de la *ratio*, y menos del *desiderium naturale Dei*. Visiones de lo que se obstina en seguir siendo *sentido*, o sea palpado, oído, visto, pero que no puede ser elevado, compartido socialmente.

Es verdad que incluso esa indomable pasión de la *curiositas* fue en parte reciclada con algún éxito en la economía de la Modernidad: el cadáver destrozado en las guerras de religión sirve de base a la anatomía, al estudio de la *fabrica corporis humani*; los monstruos –físicos o psíquicos– son confinados en instituciones (cárceles o clínicas: recuérdense los estudios de Michel Foucault al respecto) para establecer, a partir de las desviaciones, un mapa preciso del comportamiento humano; los *arcana naturae* son purificados de sus excrecencias sensibles y aprovechados en química y medicina; el *teatro* se transforma en el clasicismo francés en espejo de lo que debe o no debe ser la sociedad; y por

último, la mitología se recicla en la gran pintura barroca como alegoría del Poder. Hasta ese punto se aprovecharon los restos “naturales” del sentimiento, exprimiendo violentamente de ellos el núcleo racional. Pero, en primer lugar, esa operación se realizó en los márgenes de la ciencia y la política oficiales. Y en segundo lugar, la *curiositas* es realmente terca. Así que de los restos exangües de aquellos restos dejó que crecieran nuevas *flores del mal*, nuevas deformaciones a las que ya hemos apuntado, y frente a las cuales parecen inocuas las pasiones denostadas por San Agustín.

Pues bien, la gran operación de nuestra civilización finisecular consiste en el descenso del deseo y la pasión a las raíces del sentimiento mismo, con la pretensión de dominarlo mediante la vista, y de hacerlo absolutamente válido y accesible para todos, a través de la *imagen electrónica*, que ya no pretende ilustrar ni ejemplarizar, sino montar una historia a partir de los desechos mismos. *La obscenidad, convertida en espectáculo de masas*. Que nada quede oculto y que haya siempre algo de que hablar, y algo nuevo que mirar. Sólo que esa novedad ya no es tal: sólo la forma, el medio de transmisión y difusión es distinta. Se cumple así la difícil posición intermedia exigida por el deseo: que parezca todo nuevo, sin cuyo aliciente, sin cuya *emoción* no tendría sentido la vida, y a la vez que eso nuevo lo sea solamente –y nunca mejor dicho– en *apariencia*, en su modo de aparición, con la tendencia confesada de que, a la postre, no haya nada más que aparición, sin *soporte* o sustancia debajo (el soporte es el *medio*, como ya dijimos). Algo tan superficial como la pantalla misma la que aparece (mientras, otra función de esa pantalla, transformada, es la de visualizar las abstracciones mismas, por medio del ordenador). Así, el mundo se convierte en una *imagen* formada calidoscópicamente por infinitas imágenes redundantes, que se refuerzan unas a otras, y que repiten incesantemente un mismo mensaje, a saber: no hay nada de que preocuparse; todo lo que vas a ver, por fuerte o extraño que parezca, ya lo habéis visto antes, sólo que en otra recomposición; no hay originales ni copias, sino sólo simulacros. También las vísceras, las penetraciones, los asesinatos, las vejaciones: todo es *normal*. Ya tenéis lo que queráis: ver vuestra propia naturaleza y sus secretos más hondos, sin pudor ni vergüenza, porque ya

nada hay que ocultar. Ni nada que temer: quien ha visto hendir cuerpos, mancillar orificios, profanar cadáveres, refugiarse masas famélicas en fanatismos religiosos y sectas variías, ¿a qué puede tener miedo? *Permanezcan atentos a la pantalla.*

¿Quién habla aquí?. Nadie, y todos. Pues se ofrece lo que se desea, según señalan, en perfecto *feed-back*, los índices de audiencia. Podemos seguir existiendo. Lo que ya no sé es si seguimos teniendo derecho a llamarnos a nosotros mismos “yo”. La pasión por la libertad, siquiera sea externa, no nos ha sido arrebatada: simplemente, la hemos cambiado por la seguridad y el control. Ambos, ficticios. Pues las pasiones (ya no “bajas”, porque no hay “altas”) se nos dan sólo en imagen industrial, perfectamente elaborada. O sea: en forma de objetos de *deseo*. Consumimos sentimientos, sufrimientos y escarnios ajenos, en la confianza de que ello no nos ocurrirá a nosotros, y con el secreto esalofrío, casi imperceptible, de que quizá nos ocurra alguna vez, y así podamos ser un individuo, justo en el preciso instante de la muerte o la deshonra. Mientras, es necesario que “fuera” (un exterior cada vez más restringido) sigan existiendo y fomentándose desde el Poder las pasiones perversas a que antes aludimos. Pues sólo por la elaboración de esa materia bruta, la última que queda, la verdadera reserva ecológica, podrá seguir funcionando el flujo de la comunicación de deseos.

¿Hay algo que se pueda hacer frente a todo ello? Al menos, denunciar, esto es: comprender los mecanismos de la interacción comunicativa y su funcionamiento ya supone un paso para introducir trabas en ella, con la fría seguridad de que, pronto o tarde, las nuevas argucias pasionales serán a su vez recicladas. *Nadie sabe lo que puede un cuerpo*, decía Spinoza. Hoy podríamos remedar esta idea así: *Nadie sabe adonde pueden llegar los residuos y su constante reciclaje*. Pero siempre habrá residuos, igual que para el pensador judío siempre habrá cuerpos. Y esos residuos deben ser esgrimidos por aquellos que tienen, como Paul Celan, *estrías en los ojos*, estrías procedentes de la visión *real*, no en imagen electrónica, preparada y lista para el consumo, del dolor y la miseria. De aquellos, también, que se niegan a hablar el lenguaje de lo “ya visto y oído”. De todos aquellos que no se distraen dejando pasear indolentemente sus ojos

por las imágenes de la carnicería humana, sino que denuncian la violencia y su utilización mediática. De todos aquellos, en definitiva, que en lugar de entregarse a la concupiscencia de la curiosidad, dejan apasionadamente que florezcan ojos en la cerrazón de lo que púdicamente se curva en sí mismo porque esa cerrazón es la de un torso, un fragmento inasimilable, una *ruina corporis*. Como la nuestra:

*No conocimos su inaudita cabeza, en la que florecieron las pupilas. Pero
su torso arde aún como un candelabro,
en el que su mirar, retorcido tan sólo hacia dentro,*

*se mantiene y brilla. Si no, podría el pliegue
del pecho ofuscarte, y en el suave girar
de sus riñones no podría ir una sonrisa
a aquel centro, antes genesiaco.*

*Si no, sería esta piedra algo deforme, y no
se erguiría fugazmente, en transparente caída entre los hombros,
ni vibraría así, como la piel de un animal de presa:*

*ni se desgajaría de todos sus bordes
como una estrella; pues no existe allí sitio alguno
que no te vea. Has de cambiar tu vida.*

(R. M. Rilke, *Archaischer Torso Apollos*).

Notas

¹ *N. R.*: Se refiere a Felipe González quien, luego de gobernar España por doce años consecutivos, fue derrotado por José María Aznar en marzo de 1996.